

APUNTES RECREATIVOS.



El lobo asomó la cabeza por entre los maderos de una mal construida ventana.

EL VOTO DE UNA JOVEN.

En el año de 1835, en lo mas encarnizado de nuestra última guerra civil, vivia en un pueblo de Vizcaya un matrimonio de clase humilde, pero que poseia una mediana fortuna. Pedro Vinaroz y Claudia Gamondio, nombres de estos consortes, tenian una hija llamada Maria, á la cual amaban entrañablemente y sobre la que auguraban el mas risueño porvenir. Tenia diez y siete años, era muy bonita, muy virtuosa, y por lo tanto, las jóvenes de su edad la citaban como modelo, y los zagalles todos la hubieran deseado para esposa; mas ella en ninguno habia puesto los ojos.

Pedro Vinaroz, instigado por algunos amigos que se habian afiliado al pabellon carlista, hizo algunos donativos reservados, y no pocos sacrificios en favor de esta causa; varias personas del partido liberal llegaron á saber estas pruebas de adhesion de Pedro, lo cual le proporcionó frecuentes disgustos y hasta tuvo que sufrir las consecuencias de una prolongada prision, y viendo amenazadas su fortuna

Julio 11 de 1832.

y su vida y exasperado por el tratamiento que le daban sus enemigos, encontró medios de fugarse, y se dirigió al campo carlista y se guareció bajo la bandera del Pretendiente en clase de sargento segundo de uno de los batallones de Guipúzcoa.

La familia quedó como puede suponerse, en el mayor desconsuelo; los enemigos de su padre, vengaron en la madre y en la hija la inesperada desercion del padre, y al cabo de algun tiempo experimentaron la mas estremada miseria. La desgracia penetró en este humilde hogar con todos sus horrores desde esta época fatal. Tuvieron que retirarse á una cabaña situada en las cercanías de la montaña, y vivieron con los cortos auxilios que les suministraba la constante laboriosidad de Maria, porque su madre era ya muy anciana y estaba bastante enferma para ayudar á su hija.

A mediados del año 1836 supieron estas pobres mugeres que un tal Pedro Vinaroz, teniente de cazadores, habiendo tenido la desgracia de caer prisionero en las inmediaciones de Azcoitia, habia sido pasado por las armas. Semejante noticia aumentó el duelo de esta infeliz familia,

y la enfermedad de Claudia se desarrolló en términos de ponerla á las puertas del sepulcro.

El dia 5 de junio á las cuatro de la madrugada, despertaron á Maria los repetidos ayes de la pobre Claudia.

—¿Qué teneis, madre mia?

—Yo me muero, Maria.

Acudió solicita la jóven al lecho de su madre, abrió una especie de ventanillo que daba al campo, y á la dudosa luz del alba pudo distinguir Maria el rostro cadavérico de su madre, y un siniestro presentimiento la hizo conocer que aquel mismo dia quedaba huérfana para siempre. Distante del pueblo para obtener los socorros de un facultativo, sin recursos para los medicamentos necesarios al alivio de sus dolencias, la pobre Maria reclamaba con los brazos abiertos la misericordia del Todopoderoso.

Poco tiempo despues dan tres golpes á la puerta; Maria creyendo que la Providencia venia en su socorro, abre inmediatamente, y vé entrar un jóven de elevada estatura, arrogante y bien parecido, que esclama:

—¡Misericordia para un desgraciado!

—¡Misericordia para una desgraciada!

Album nintoresco.

15

—Mis enemigos me persiguen!

—Mi madre se muere!

El jóven cerró la puerta y penetrando en lo interior de la cabaña, vió una escalera de mano que daba subida á un desván, trepó por ella y se ocultó diciendo:

—No me delateis á mis perseguidores.

Creció el aturdimiento de María. No habian trascurrido veinte minutos, cuando María siente que pasa tropa por aquella cercanía, y como iluminada por un feliz pensamiento, sale á la puerta, y dirigiéndose á uno de los gefes de las tropas carlistas que pasaban, exclama llorando:

—Soy la hija del teniente Vinaroz fusilado despiadadamente por los enemigos de don Carlos. Mi madre se muere, y no puedo contener el mal que la mata. ¿No va con vosotros algun físico que pueda remediarle?

—Sí, jóven interesante. Llevamos un completo botiquin.

Esperóse el gefe á que pasara todo el regimiento, y detrás de la guardia de prevención venia el bagaje del físico, al cual se dirigió el gefe y le suplicó socorriera á aquella desconsolada jóven.

El físico entró en la cabaña conducido por María, y media hora despues la moribunda respiraba con mas tranquilidad, y el facultativo dejó recetado el plan que debia seguirse durante el curso de la enfermedad. Despidióse dando algunos socorros pecuniarios, y el fugitivo bajó del desván.

Pudo enterarse de las angustias, de los sufrimientos de esta pobre familia, y se condolió de ella. Entonces confesó que era un capitan de caballería de la reina, y que en un encuentro que habian tenido los suyos con los carlistas habian sido derrotados. Que en su precipitada fuga habia reventado el caballo y que tuvo necesidad de desprenderse de su traje militar para no ser presa de sus perseguidores si estos le encontraban. Ultimamente, añadió que se manifestaria reconocido al favor que le acababa de hacer María ocultándole en su casa. Seguidamente sacó unas cuantas monedas de oro, y las puso encima de una mesa.

La jóven María tenia precision de partir al pueblo mas inmediato para comprar los medicamentos que el físico habia recetado, y el capitan Ramiro, asi se llamaba, se brindó á cuidar á la enferma durante la ausencia de la hija. Semejante comportamiento llamó la atencion de María, la cual desde este instante no pudo mirar al fugitivo con ojos indiferentes.

Con efecto, María se ausentó y Ramiro asistió mientras tanto á la anciana, y alli se refirieron sus mútuas desgracias. La enferma contó al capitan el fusilamiento de su marido, y Ramiro preguntó el nombre de la victima: al escuchar el apellido Vinaroz palideció extraordinariamente. Ramiro le habia cogido prisionero y le habia entregado á su general, y este obedeciendo á la cruel ley de represalias que regia en ambos campamentos, mandó que le pasaran por las armas. Ramiro se interesó doblemente por esta familia, é hizo solemne juramento de mejorar su situacion.

Volvió María del pueblo y dió gracias al huésped por sus cuidados; Ramiro debia partir en busca de su gente, y antes de ausentarse dejó escrito un papel encargando á María que no le leyera hasta pasado algun tiempo. Fuese Ramiro, y una irresistible curiosidad, un presentimiento que halagaba su corazon de muger, la impelieron á leer el papel no bien hubo

partido el capitan. Este confesaba á María que la amaba. La jóven levantó los ojos al cielo y preguntó: ¿será verdad, Dios mio?

La faccion habia ya desaparecido de aquellos contornos, pues el cuartel general de don Carlos se habia situado á mayor distancia, y las tropas de la reina transitaban por alli con mas frecuencia.

Una noche oyó María pararse un caballo á su puerta; abrió y vió que un capitan se apeaba; era Ramiro; venia de paso, acompañado solo de su asistente.

—¿Cómo está su madre de vd?

—Mas aliviada.

—¿Leyó vd. mi carta?

—La leí.

—¿Me ama vd?

La jóven bajó los ojos llena de rubor. —Sea vd. franca, María. Una palabra de vd. puede hacerme feliz; mi escuadron camina á cierta distancia de este sitio y tengo que alcanzarle... ¿Me ama vd?... pronto.

—Amo á vd., respondió María temblando.

Ramiro la besó la mano y entró á ver á la enferma.

—No quiero marcharme sin despedirme de vd., dijo á Claudia. Ya sé que está usted mas aliviada, de lo que me alegro; pronto, muy pronto nos volveremos á ver, y saldrá vd. de esta miserable cabaña.

Con el mayor disimulo introdujo un bolsillo con dinero debajo de la almohada y se despidió. Al llegar á la puerta dijo á María:

—Dentro de pocos dias será vd. mi esposa.

Trascurrieron dos meses y Ramiro no venia. Claudia se agravó; ya habian empezado los rigores del invierno, y el frio de la montaña perjudicó á la enferma. El dia 22 de octubre tuvo que confesarse, y en la madrugada del 23 espiró en los brazos de su hija. María se encontró sola con la difunta llena de angustia y consternacion.

Un hambriento lobo de la sierra husmeó el cadáver y vino hácia la cabaña en busca de su apetecible manjar. Ya amanecía, la huérfana lloraba de rodillas á los pies del lecho de su difunta madre. El lobo asomó la cabeza por entre los maderos de una mal construida ventana. María dió un grito al ver la fiera y exclamó:

—¡Que no entre, Virgen María! Yo os ofrezco...

¡Terrible voto fué el que hizo!

Instantáneamente se oyó una detonacion, y el lobo cayó á tierra.

—Abra vd., María, soy yo.

María abrió la puerta y vió entrar á Ramiro con una pistola en la mano.

—Yo he dado muerte á la fiera. ¿Y su madre de vd?

—Ya no existe.

Tres dias despues, Ramiro y María rezaban postrados de rodillas sobre la tumba de Claudia.

—Voy á pedir á vd. un favor, dijo María cuando se levantaron.

—Diga vd. cuál.

—Lléveme vd. á Pamplona.

—Y alli nos casaremos.

La jóven comenzó á llorar.

—¿Por qué llora vd?

—Porque soy muy desgraciada.

Pasaron á Pamplona y se dirigieron al hospital militar. María entonces dijo al capitan dándole un papel:

—Luego que yo haya entrado en aquel edificio, dijo señalando al hospital, leed esta carta.

Ramiro quedó atónito; María le miró y se ausentó despues llorando amargamente.

Así que la huérfana hubo entrado en el hospital, Ramiro abrió el papel y leyó lo siguiente:

«En la madrugada del 23 de octubre asomé por la ventana de mi cabaña la cabeza de un lobo. Me amedrenté, é hice un voto á la Virgen si el lobo no entraba. —Renuncio á mi casamiento con Ramiro. —Vd. mató la fiera; vd. hizo que el cadáver de mi madre no fuese pasto de la fiera, ni que yo fuese tambien su victima. No pudiendo ser la esposa de vd., no lo seré de nadie. En este hospital donde me veis entrar, vive la superiora de las hermanas de la Caridad, en los brazos de la cual pienso arrojarle para que me haga profesas, y pueda yo terminar mis dias ejerciendo la caridad y asistiendo al doliente. No volvais á pensar en María Vinaroz.»

Todo cuanto hizo Ramiro para que María renunciara á su voto fué enteramente inútil. María hace dos años que espiró en Córdoba en el hospital Real, y Ramiro vive en Madrid, el cual me ha referido la anécdota que acabamos de narrar á nuestros lectores.

I. A. BERMEJO.

El gran mapa de Francia empezado en 1817 por E. M. G., constará de doscientas cincuenta y ocho hojas, de las cuales ha visto ya la luz pública ciento cuarenta y nueve. Los gastos totales han sido presupuestados en unos 40.000,000 de francos, habiéndose ocupado hasta ahora en tan colosal empresa hasta dos mil doscientos cuarenta y nueve oficiales.

Los censos de la deuda nacional de Inglaterra, que en realidad puede ser considerada como un legado de las guerras que ha seguido este pais, ascienden anualmente á 28.000,000 de libras esterlinas, de manera que viene á resultar por persona, tanto hombres, mugeres, como niños del reino unido de la Gran Bretaña é Irlanda, una libra esterlina (6 pesos de moneda española).

Los ingresos en las cajas de ahorros, que en número de doscientas once existen en la monarquía de Prusia, ascendieron en estos últimos años por término medio á unos 46.000,000 de duros, para cuya suma se habian espedido unas doscientas setenta mil libretas.

Para el colosal monumento erigido á Washington, presentó cada estado de la Union, asi como las principales ciudades de la misma, un trozo de piedra en el cual queda inscrita la procedencia. A peticion de los suizos establecidos en el Norte América, envió tambien la Confederacion Helvética un trozo de piedra granito, de una de las canteras del monte San Gothardo, en la cordillera de los Alpes.

UNA HISTORIA MISTERIOSA.

(Continuacion.)

Llegado el día del juicio, una multitud extraordinaria llenaba desde muy temprano la sala del tribunal. Cuando se presentó el mulato, un estremecimiento de horror recorrió toda la asamblea, y no sin gran trabajo logró restablecer el orden y el silencio. No había una persona en el país que no estuviese fuertemente prevenida contra el acusado, y su aspecto solo cambió las sospechas en certidumbre. Un cuerpo tan horroroso parecía que no podía encerrar sino una alma de demonio.

Leída el acta de acusación, Bruton sostuvo la *no culpabilidad*. En su declaración escrita, después de haber confesado que ignoraba completamente quién pudiera ser el autor de los dos asesinatos, añadía, que la noche en que fueron cometidos, paseándose según su costumbre por el campo, descubrió el cuerpo del soldado bañado en sangre debajo de las ventanas de la alcoba de su mujer, y que inmediatamente dió orden á sus criados para que lo trasportaran al castillo.

El primer testigo llamado fué Emilia Mildmay y en cuanto subió los escalones de la tribuna, descubrió á su marido, y acometida de un repentino temblor, cayó desfallecida. Los porteros de estrado la levantaron y ayudaron á sentarse. Hermosa todavía, á pesar del enflaquecimiento de sus mejillas, é interesando mas por su misma palidez, fué saludada con un murmullo de compasión y simpatía.

Su declaración fué de las mas sencillas, pues se redujo á decir que al despertar á la media noche, había hallado á su hijo ya frio sobre su seno, que cierto olor parecido al de las hojas de laurel estrujado impregnaba toda la habitación, y por último que al dirigir la vista hacia el lado de la puerta que estaba entreabierta, había distinguido á la luz de su lámpara, una cara negra que no podía pertenecer mas que á un negro.

Preguntada sobre las particularidades de su casamiento, replicó que ella misma no podía explicarse como se había decidido á casarse con el mulato, y que todo la hacia creer que había sido hechizada.

En aquel momento tenía yo los ojos fijos en Bruton: le ví menear la cabeza y lanzar una mirada amenazadora y llena de espanto á la vez sobre la vieja negra de Obi, que se mantenía apoyada contra un pilar, y cubierta la cara con un velo negro.

A las preguntas que la hicieron acerca del soldado, Emilia solo contestó por medio de lágrimas; ocultó su cabeza entre sus manos y fué acometida de un temblor nervioso que la obligó á apoyarse sobre la balaustrada.

Como se encerró en un silencio absoluto, el juez le anunció que podía retirarse.

La comadre se presentó entonces en la tribuna, y prestó su declaración en los términos siguientes:

—Yo estaba medio dormida, sentada cerca de la cama de mi señora, cuando un ligero ruido llamó mi atención hacia una persona que acababa de entrar en la alcoba. Antes que estuviese completamente despierta, ví al recién venido acercarse

al niño, separar la ropa que lo cubría é introducir en su boca una jeringuita llena de liquido.

Me pareció esto tan extraño que me froté los ojos á fin de cerciorarme que no soñaba. Entonces reconocí claramente al marido de mi señora que después de haber tapado nuevamente al niño, pasó por delante de mí para salir al corredor. Pocos momentos después despertó la madre y advertimos que la pobre criatura estaba muerta.

Antes que la partera hubiese concluido su relación interrumpida muchas veces por los gritos de indignación del auditorio, Bruton se levantó bruscamente de su banco, gesticulando como un loco, é hizo inútiles esfuerzos para hablar. El portero le obligó á sentarse, y el interrogatorio siguió su curso.

Preguntada seguidamente la comadre por el abogado del acusado, persistió en sus declaraciones, añadiendo como Emilia, que había sentido un fuerte olor que le había recordado el de las almendras amargas.

En seguida abandonó la tribuna; pero en vez de retirarse, vino á tomar asiento á mi lado, sin duda movida de la curiosidad de presenciar los debates.

El tercer testigo fué el posadero quien declaró que no era padre del soldado, como se suponía generalmente. Antes de mesonero había sido preñero en la villa inmediata, y un día mientras estaba ocupado en examinar una corbata que acababa de presentarle un hombre bastante mal vestido, entró en su tienda una mujer y dejó sobre el mostrador un envoltorio y desapareció al punto. El lío contenía un recién nacido. Desde luego pensó que fuera educado á costa de la parroquia; pero antes que las autoridades hubiesen consentido en encargarse de él, su mujer le había tomado tanto cariño que no quiso separarse de él.

Aquí llegaba el mesonero de sus revelaciones, cuando sentí una mano apretar fuertemente mi brazo. Estuve á punto de dar un grito de dolor, y habiendo vuelto la cabeza me hallé frente á frente con la partera. Sus labios estaban descoloridos, sus dientes apretados y sus ojos vidriosos y fijos. Apoyaba su mano derecha sobre su frente y con la izquierda se agarraba de mí, tomando sin duda mi brazo por uno de los pilares de la tribuna. No sin trabajo pude zafarme de aquella tortura: entonces pareció recobrar la memoria, meneó la cabeza y dejó su asiento y se salió de la sala toda temblorosa...

Los médicos que habían reconocido el cadáver del niño, llamados á dar su informe, declararon unánimemente que el envenenamiento había sido causado por el ácido prúsico.

Yo mismo tuve que contribuir á hacer condenar á mi amigo, aseverando sus conocimientos en química.

El tribunal, después de una corta deliberación reconoció al acusado culpable de los dos crímenes que se le imputaban.

Bruton manifestaba en el temblor general de sus miembros un estado de desesperación imposible de describir. Desde mi asiento ví inflamarse su pecho, sus labios llenarse de saliva y levantarse sucesivamente sus brazos hacia el cielo y dirigirse al lado de sus jueces. Este espectáculo lastimoso despedazó mi corazón. Próximo á desfallecer, me precipité hacia la puerta, pero antes que hubiese llegado oí detrás de mí un gran tumulto. Pronto

la multitud despejó la sala con la impetuosidad de un torrente. En todos los semblantes se veía pintado el terror, y supe entonces que el condenado acababa de ser acometido de terribles convulsiones.

Al siguiente día obtuve el permiso de penetrar en la prisión de Bruton, pero no encontré en ella sino un cadáver. Mi desgraciado amigo había sucumbido de un segundo ataque de apoplejía. El vapor comprimido había hecho estallar el vaso que lo aprisionaba.

Todas estas escenas tan rápidas en sucederse habían alterado de tal modo mi constitución, que de noche y de día me hallaba bajo la influencia de horribles visiones y de quiméricos sobresaltos. Resolví, pues, hacer una excursión de algunos meses al Norte de la Escocia. Las fatigas y las distracciones del viaje restablecieron mi salud, y entonces pensé en volver á Londres. Aunque Oxenford no estaba situado en el camino por donde yo había de ir, cierta fascinación me impelió á pasar por este sitio poblado para mí de tan dolorosos recuerdos. Durante mi ausencia ocurrieron sucesos muy extraños.

Aquella misma hija del viejo Bruton, de quien ya hemos hecho mérito y de quien no se había vuelto á oír hablar desde su rapto, habíase presentado inesperadamente para reclamar la posesión de los bienes de su hermano; hasta aquí nada había que no fuera muy natural; pero cuál fué mi admiración al saber que esta hermana del mulato no era otra que la comadre del pueblo. Sus papeles no dejaban la menor duda sobre su filiación, y de consiguiente estaba á punto de entrar en posesión de su rica herencia. Pocos días después de mi partida había reconocido al soldado por su hijo, y después de haberle comprado un sustituto dispuso que lo trasladasen á su casa para rodearlo de todos los cuidados que su estado exigía. Sin embargo de haber sido llamados los médicos mas hábiles para curar al enfermo, su ciencia fue de todo punto inútil. Todavía entonces como cuando lo hallaron bañado en su sangre, estaba completamente insensible, privado de todas sus facultades, incapaz del menor movimiento: su respiración sola probaba que no estaba muerto. No podía ni beber ni comer; y para hacerle tragar algunos alimentos era preciso introducirse los muy adentro en la garganta, como quien ataca una escopeta, para que desde allí descendieran al estómago atraídos por una potencia nerviosa independiente de su voluntad.

Convencidos los cirujanos de que este estado era ocasionado por una presión del cráneo sobre los sesos, habían hablado repetidas veces de la necesidad de hacerle la operación del trépano; pero su madre se había opuesto constantemente á ella.

Todas estas circunstancias me obligaron á considerar los tristes acontecimientos de que había sido testigo bajo un aspecto enteramente nuevo, y me decidieron á creer que la hermana de Bruton no solo había sido causa de su condenación, presentando un falso testigo contra aquel de quien era única heredera, sino que tal vez había tenido parte en el envenenamiento de su sobrino.

Ademas confirmaba mis sospechas lo que oí decir sobre el carácter extraño de esta mujer, pues habiéndose mostrado tan fria é impassible en la noche fatal, habíase transformado de pronto en tímida y visio-

na; temblaba al menor ruido; no quería ver á nadie, y tenía, según me dijeron, frecuentes ataques de nervios.

Tuve la humorada de hacerla una visita. Mi vista la causó una viva emoción; sin embargo, trató desde luego de promover la conversacion sobre mi estada en el castillo, como queriéndome persuadir que ella podía hablar con calma del drama sangriento en el que yo había tenido que representar un papel; pero á pesar de sus esfuerzos, noté que cada una de mis palabras la alteraban, y que parecía estudiar con vista inquieta mi fisonomía, como para leer en el fondo de mis pensamientos. Preguntada por mi acerca del estado del jóven soldado, exclamó con dolorido acento:

—¡Ojalá hubiese sabido los vínculos que me unian á él! ¡Cuántas desgracias me hubiera aborradado! Maldita sea la hechicera que no quiso decirme que él era mi hijo! ¡Malditos sean mis ojos que no le han conocido! ¡Una madre no reconocer á su propio hijo! ¡Oh! señor, jamás he tenido otro.

—No concibo, la contesté, cómo el conocimiento de este hecho hubiera podido modificar en nada el curso de los sucesos.

—Es verdad, es verdad, balbuceó, mi razón se estravió... pero... Sin embargo, hubiera podido romper el fatal enlace que había contratado con esa jóven... y de este modo lo hubiera librado de esponerse á la venganza del monstruo infernal que lo ha asesinado... asesinado... asesinado... ¡Qué palabra tan horrible! asesinado; doctor... quiero decir... esto debe ser terrible... de pensar... el hijo único... el único...

Y su voz se perdió en medio de una serie de palabras inarticuladas y sin conexión. Una palidez mortal cubrió su rostro, y sus ojos tomaron aquella misma expresión de horror que tenían el día del juicio, en el momento en que se agarraba á mi brazo.

—Perdonad, señor, replicó luego que se repuso un poco; siempre he sido muy nerviosa, y las terribles pruebas por que

he tenido que pasar, han alterado también mi constitucion.

Indiqué mi deseo de ver al enfermo, y en el momento en que me disponia á verificarlo, su madre, que no había querido seguirme, me preguntó que si no había tenido ocasion alguna vez de observar un caso semejante. La contesté que no era muy raro que las heridas de la cabeza produjesen un estado cataléptico, y que el único medio de restituir al enfermo el uso de sus sentidos era hacerle la operacion del trépano.

—Mas esta operacion es muy peligrosa, exclamó.

—Sin duda alguna, pero ofrece una probabilidad de curacion.

—¿Y si sobrevive á ella se acordará de lo pasado?

—Se ha visto á mas de un enfermo operado perder completamente la memoria.

—¿Estais seguro de ello, doctor? me preguntó con viveza.

Dada mi respuesta afirmativa, se despidió de mí aceleradamente y se retiró á su cuarto.

Al siguiente dia escribió á los cirujanos del pueblo inmediato que ya no se oponia á que operasen á su hijo.

Asistí á la operacion. Apenas levantamos la parte del cráneo que comprimia los sesos, el enfermo abrió los ojos; lanzó un profundo suspiro y dirigió en torno suyo una mirada escudriñadora y atónita á la vez. Despues de haberme contemplado un momento con el ademán de un hombre que trata de reunir todos sus recuerdos, me reconoció y exclamó con voz lánguida:

—¡Ah! señor doctor ¿estoy gravemente herido, no es verdad? ¡Qué golpe tan terrible me he dado esta noche pasada! ¡Me siento tan débil! Apenas puedo mover un miembro. ¿Habré perdido mucha sangre?

—No lleveis la mano á la cabeza, exclamé, permaneced acostado y tranquilo. Algunos dias de reposo os pondrán en disposicion de levantaros.

—¿Dónde estoy? ¿Qué casa es esta? re-

pliqué. ¡Levadme á la posada; ¿mi padre sabe lo que acaba de sucederme?

—Creo que no.

Despues de haberle curado la herida, nos retiramos á una pieza inmediata para consultar. Teniendo precision mis dos colegas de volverse al pueblo, quedé yo solo encargado del enfermo. En seguida fui en busca de su madre para instruirle del resultado de la operacion.

—¿Qué hay? exclamó apenas me vió.

—El éxito ha sobrepujado nuestras esperanzas.

—¿Ha recobrado el uso de sus sentidos?

—Si.

—¿Se acuerda de todo?

—Todo el tiempo que ha trascurrido desde la noche que recibió la herida, parece que no ha dejado la menor huella en su memoria; pero se acuerda perfectamente de los sucesos que precedieron á su caída, y habla de ellos como si hubiesen ocurrido ayer...

—¿Qué dice? ¿De qué habla?

—De nada todavía, si no es del golpe que ha recibido.

—No me engañeis, doctor. Bien sabeis el poco crédito que merece el testimonio de un enfermo que ha permanecido tanto tiempo en semejante estado, y que ha debido padecer horribles desvarios. Pero es menester que yo le vea... Esperad... deseo entrar sola en su cuarto; no quiero que nadie se aproxime á él antes que yo... es mi hijo único.

Y al pronunciar estas palabras salió precipitadamente de la habitacion.

Previendo yo las consecuencias de esta entrevista me interpuse á su paso, á fin de impedir que se presentara en la alcoba del enfermo; pero empujándome con una fuerza sobrenatural logró llegar hasta la puerta del cuarto de su hijo, donde se trabó entre ella y yo una lucha bastante singular; cogiéndola por la cintura forcejeaba yo por apartarla de aquel sitio, y ella furiosa como una leona, me mordía las manos y me arañaba la cara.

(Se continuará.)

BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

OBRAS EN PUBLICACION.

1.^a SECCION. *Historia de Cien Años*, por César Cantú, traducida directamente del italiano, con notas y un prólogo, por don Salvador Costanzo. Se reparte una entrega cada quince dias.

—*Viage ilustrado en las cinco partes del Mundo*. Se han repartido las primeras entregas de esta importantísima obra, sobre la que no nos cansaremos de llamar la atención de los que nos favorecen, porque estamos seguros que hallarán reunidos en ella al interés de la narracion, la enseñanza; al mérito literario la belleza tipográfica. Mucho nos equivocamos si el *Viage ilustrado* no es dentro de poco tiempo el libro mas popular de cuantos han salido á luz últimamente.

2.^a SECCION. *Diccionario Universal Francés-Español* y vice versa, por Dominiguez; segunda edicion corregida y aumen-

tada. Se reparte una entrega por semana.

3.^a SECCION. *Gil Blas de Santillana*, con 400 grabados originales. Se reparte una entrega por semana.

OBRAS PUBLICADAS.

El libro del Tiempo, por don Francisco Fernandez Villabrille, con 74 grabados. Precio por suscripcion, 2 rs. en Madrid y 3 en provincia. En venta 5 y 6 rs.

Historia de Napoleon el Grande, por Agustín Challamel, con 30 grabados. Precio por suscripcion, 4 rs. en Madrid y 6 en provincia. En venta 8 y 10 rs.

Las Memorias del Diablo, por Federico Soulié, con 67 grabados. Se ha concluido la edicion y se avisará cuando se haga una nueva.

María Estuardo, por Alejandro Dumas; esta obra forma parte de la coleccion del autor titulada *Crimenes célebres*; tiene 15 grabados. Precio por suscripcion, 2

y medio rs. en Madrid, y 3 y medio en provincia. En venta 5 rs. en Madrid y 6 en provincia.

Doce Españoles de brocha gorda, obra original de don Antonio Flores, con 54 grabados. Precio por suscripcion, 4 rs. en Madrid y 6 en provincia. En venta 8 rs. en Madrid y 10 en provincia.

El Diablo Cojuelo, edicion ilustrada con 100 grabados originales. Precio por suscripcion, 2 rs. en Madrid y 3 en provincia. En venta 5 y 7 rs.

La Casa Blanca, novela por Paul de Kock, ilustrada con 37 grabados. Precio por suscripcion, 4 rs. en Madrid, y 6 en provincia. En venta, 8 y 10 rs.

Escenas de la vida privada y pública de los animales, obra critica de costumbres políticas y sociales con 33 grabados. Precio por suscripcion, 3 reales en Madrid, y 4 y medio en provincia. En venta 6 rs. en Madrid, y 8 en provincia.